

Ante todo se quiso obtener clara noticia de cuáles fueran los propios designios de Francia; para lo cual, así el Papa como Venecia enviaron delegados á Francisco I, bajo el pretexto de felicitar al Rey por haber recobrado su libertad; pero de hecho para investigar las intenciones del mismo; y, para el caso de que no pensara cumplir el tratado, ajustar con él una alianza. El Papa confió por su parte este cometido, luego á 22 de Febrero de 1526, á Paulo Vettori, y habiendo éste caído enfermo en el camino, á 1.º de Marzo se dió á Capino da Capo, que se hallaba iniciado en los designios de Francisco I, el encargo de dirigirse á Francia (1); á 20 de Abril fué además el florentino Roberto Acciaiuoli nombrado Nuncio ordinario en la Corte francesa (2).

Capino apenas pudo hacer su viaje con toda la rapidez que deseaba el Papa; y para mayor seguridad, dirigía sus cartas á un comerciante de Roma (3). A fines de Marzo, llegó á la Corte de Francisco I, donde se presentó al propio tiempo Andrés Rosso, como representante de Venecia. El Monarca recibió á Capino con extremada benignidad, y le certificó hallarse inclinado á sacrificarlo todo para evitar que Carlos V subyugara á Italia; luego, después de aquellos días festivos, se comunicaría

acusación contra Clemente VII (v. abajo cap. III), sólo cita la cosa con un «se dice». A la verdad, una demostración que convenza de todo punto, todavía no la hay en este punto; pero con todo, la formal absolucíon queda muy dudosa, tanto más, cuanto que Francisco I nunca se refirió á ella (cf. Martin 73). Tampoco está contenida una demostración suficiente en las palabras, que, según la relación de Mai, dijo Clemente VII en 1529 á otro agente del emperador en circunstancias muy diversas (Baumgarten, II, 519). Tanto en el *Archivo secreto pontificio*, como en el *Archivo nacional de París*, he buscado en vano un documento en que esté expresada la absolucíon del juramento. Mas siendo tan grande la abundancia de documentos romanos, y como á pesar de ser tantos no están completos, tampoco se puede sacar de ahí una conclusíon enteramente cierta. Cf. ahora también las exposiciones de Ehses, Concil. IV, XXIV, not. 2, y Fraikin XLI.

(1) Cf. Sanuto XL, 873 ss., Guicciardini XVI, 6; Jacqueton 262 s.; Fraikin 7; Raynald 1526, n. 27; Balan, Mon. saec. XVI. 220-222. El original de la carta del Papa al canciller francés se halla en el *Archivo nacional de París*, L, 357. Fr. Gonzaga en un *despacho de 9 de Marzo de 1526, da cuenta del dolor del Papa por la muerte de Vettori. El mismo notifica, en 19 de Abril, que el Papa por la noche recibió cartas de Capino; y que éste participa la benigna disposicíon de ánimo de Francisco I; pero ninguna cosa especial. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) Cf. Pieper, Nuntiaturen 82 s., y Fraikin, 12 s.

(3) Sanuto XLI, 68, 133, 157, 178.

una más exacta y determinada contestación (1). El lunes de Pascua, 2 de Abril, comenzaron las negociaciones propiamente dichas (2), y ya á 8 de Abril podía anunciar Capino, que el Rey estaba ganado para la Liga, y sólo faltaba que Venecia y el Papa enviaran plenos poderes para concluir la alianza (3).

La noticia, que Francisco I se hallaba dispuesto á prestar su apoyo á la obra de libertar á Italia de los imperiales, y acudir en auxilio de Francisco Sforza, sitiado por los españoles en el castillo de Milán, produjo en todos los iniciados en aquel plan una excitación vehemente.

La grande alianza contra el Emperador no podía ser ya, desde aquel instante, sino sólo cuestíon de tiempo; y si, á pesar de esto, no llegó á ser una realidad hasta el 22 de Mayo, la causa estuvo en la dificultad de las comunicaciones en aquella época, y en las mutuas desconfianzas de los confederados (4). Por mucho que todos los enemigos del Emperador desearan la guerra, ninguno quería, sin embargo, representar en ella el primero y principal papel. No sin razón continuaban los italianos llenos de suspicacias respecto de Francia; por lo cual deseaban asegurarse contra cualquiera irresolucíon de Francisco I, mediante que Inglaterra entrase en la Liga. Pero Enrique VIII exigía que la alianza se celebrara en Inglaterra, para lo cual hubieran tenido que perder un tiempo precioso; mas en todo caso se hacía preciso obrar con celeridad, pues precisamente entonces se hallaba el ejército imperial en una situacíon desesperada por falta de dinero y vituallas; y como Enrique VIII persistía en su exigencia, hubo de renunciar á que Inglaterra entrara en la confederación (5).

Quien más resueltamente procedió, fueron los venecianos, los cuales comenzaron muy pronto á poner en movimiento tropas, cuyo objetivo no podía ser dudoso (6). También el Papa perseveró esta vez firme en su alianza, aun cuando Castiglione le desaconsejaba repetida é instantemente, con elocuentes palabras, aquella

(1) La relación de Capino se halla en Fraikin 7 s.; la misma lleva una fecha diferente, 29 de Marzo de 1526, en el borrador original que se halla en el *Archivo Ricci de Roma* (Lett. del 1526 al 27).

(2) Sanuto XLI, 190 ss.; cf. Jacqueton 269.

(3) Relación de Capino de 8 de Abril de 1526, publicada por Fraikin, 8 s.

(4) Cf. Baumgarten, Karl V, II, 500; Professione, Del trattato di Madrid, 12.

(5) Hellwig 14-15.

(6) Professione, Dal trattato di Madrid 11.

empresa, que podía traer consigo la ruina (1). «Aquellas personas prudentes (escribía Canossa á Giberti desde Venecia, ya á 19 de Febrero), que tratan de persuadir á Su Santidad que la alianza con Francia puede traer consigo la ruina de Italia y del Papa, y que no conviene sacrificar el interés propio para librar á otros; deberían antes decirnos, qué ruina mayor puede acaecer que aquella que nos veamos forzados á temer ahora» (2). «La inmediata soberanía del Emperador sobre Milán, juzgaba un diplomático sienés, equivale, para el Papa y para Venecia, á la pérdida de su independencia» (3).

De esta suerte las amonestaciones de Castiglione se perdían en el vacío, y por muy favorables que fueran sus relaciones y las de Salviati acerca de los designios del Emperador, los hechos que se desarrollaban en Italia hablaban otro diferente lenguaje. Todo el país clamaba por librarse del yugo opresor de los españoles, cuyo gobierno militar empujaba á los lombardos á la desesperación. «Exterminad esas bestias feroces, que no tienen de hombres sino el rostro y la voz», exhortaba Maquiavelo. ¡Miseria Italia!, lamentaba un poeta; ¿á dónde has venido á parar? ¡tu gloria, tu prez y tu fuerza están aniquiladas! (4) Guicciardini expresaba la opinión de todos los patriotas, señalando la guerra por la independencia como un santo y obligatorio cometido nacional (5). Clemente VII dió oídos á las aspiraciones generales tanto de mejor gana, cuanto se veía engañado por imperiales, los cuales seguían sin cumplir las principales determinaciones del tratado de Abril. Las tropas de Carlos V continuaban acampadas en el distrito de Parma y Plasencia, ejerciendo sobre los moradores gravísimas vejaciones; y si ya esto debía ofender profunda-

(1) Cf. la carta á Schönberg y especialmente la larga é ingenua carta al mismo Papa, fechada en Toledo, á 28 de Diciembre de 1525; las dos se hallan en Serassi, II, 11 s., 19 s.

(2) *Vorrei che quelli tanto savi che hanno persuaso a N. S., che l'unirsi con Franza fosse la rovina di S. S^{ta} et d'Italia e che non era da mettere in preda se per liberare altrui, mi dicessero quale rovina potea sequire maggiore di quella che ora si puo e si deve temere. Carta de Canossa á Giberti, fechada en Venecia á 19 de Febrero de 1526. *Biblioteca capitular de Verona*.

(3) Relación de Carolus Massainus de 26 de Marzo de 1526 (*Archivo público de Sena*), publicada por Professione, Dal trattato di Madrid, 5. Cf. también Salvioli XVI, 276 y Guicciardini XVII, 1.

(4) Cf. de Leva II, 329; Fossati-Falletti, Clemente VII, 9-10; Reumont III, 2, 172 s.; Salvioli XVI, 284.

(5) Opere inedite I, 393.

mente al Papa, no menos le molestaban las intrusiones del Emperador en los derechos pontificios sobre la provisión de cargos eclesiásticos, no solamente en Nápoles, sino también en España. Pero lo que dió el golpe decisivo, fué el conato de Carlos V, que no era posible desconocer, de levantarse con la inmediata soberanía sobre Milán, y con ella, sobre toda Italia (1). Entonces, como siempre, se enlazaba con la posesión de aquel hermoso país, la idea del principado de Europa. «Desde el momento en que el Emperador logre dominar en Italia (juzgaba un diplomático pontificio), será señor del mundo. Vae miserae Italiae, et nobis viventibus!» (2)

Por estas causas vino á ajustarse finalmente, á 22 de Mayo de 1526, entre Clemente VII, Francisco I, Venecia y Sforza, la llamada Liga Santa de Cognac. Por esta alianza, que era en gran parte obra de Giberti (3), se establecía: el ducado de Milán pertenece á Francisco Sforza, el cual pagará en adelante á Francia 50.000 ducados anuales; todos los Estados italianos recobrarán lo que poseían antes de la última guerra: Asti y la soberanía sobre Génova corresponden á Francia. Venecia y el Papa determinarán el contingente de la comitiva que acompañe al Emperador en su expedición á Roma; los hijos de Francisco I serán puestos en libertad mediante el pago de un rescate equitativo. Si el Emperador no admite estas condiciones, los aliados le declararán la guerra y le privarán de Nápoles, cuyo reino otorgará el Papa á un príncipe italiano, el cual pagará entonces al rey de Francia un censo de 75.000 ducados anuales. Se establecieron asimismo varias disposiciones especiales para el esperado caso de que Inglaterra entrara en la liga. Dos artículos adicionales secretos determinaban, que también Florencia gozaría de la protección de esta alianza; y Clemente VII, en caso de que Carlos V cediera y conservara el reino de Nápoles, debería recibir de dicho Estado un tributo anual de 40.000 ducados (4).

(1) Cf. Guicciardini XVI, 6; XVII, 1; Sanuto XLI, 286; Grethen 95 s. Las quejas del Papa por las usurpaciones imperiales sobre la jurisdicción eclesiástica en Nápoles, pueden verse en Gayangos III, 1, n. 184.

(2) R. Acciaiuoli, en Desjardins, II, 861.

(3) Cf. el testimonio de Giberti en Pighi, Giberti 23, y App. VIII.

(4) Dumont IV, 1, 451 s. Sanuto XLI, 348 ss., 383 ss., 392 ss., 400 ss., 440 ss., 451 s. Libri commem. VI, 183 s. Grethen 99 s. Hellwig 15 s. Cf. también las relaciones de Capino, publicadas por Fraikin 16 ss.

«Hemos vencido, anunciaba Capino á 24 de Mayo á Uberto di Gambará; anteayer se ajustó la alianza. Por amor de Dios guardad todo esto lo más secretamente posible» (1).

(1) Carta de Capino á Gambará, fechada en Cognac á 24 de Mayo de 1526 (*Archivo Ricci de Roma*), que se halla ahora impresa en Fraikin, 26 s. Aquí también se hallan las otras relaciones de Capino y R. Acciaiuoli, según las copias del Vaticano. La mejor redacción de ellas se halla en el *Archivo Ricci de Roma*, la cual tuve delante el año 1891, gracias al favor que me hizo mi muy apreciado amigo el marqués Giovanni Ricci, fallecido después acá. La misma ha quedado desconocida para Fraikin, pues este archivo ya no es accesible.

CAPÍTULO III

Clemente VII y los italianos en lucha contra Carlos V. La sorpresa de los Colonna.—Manifiesto imperial contra el Papa.—El ejército imperial se dirige á Roma.

La gran coalición formada por la Liga de Cognac, era la reacción natural contra la manera desmedida con que se había aprovechado Carlos V de la victoria de Pavía. Los italianos, inflamados por el sentimiento nacional, creían llegado el, por mucho tiempo suspirado momento, de reconquistar la libertad é independencia de su patria. En esta guerra, opinaba Giberti, no se trata del sentimiento del honor ofendido, ni de la venganza, ni de la conservación de esta ó aquella ciudad, sino de la libertad de Italia ó de su eterna servidumbre; jamás se ha dado otra coyuntura más favorable que la presente, para recortar las alas al águila amenazadora (1).

Los consejeros del Papa habían incurrido en una funesta equivocación, pues, en primer lugar, las determinaciones establecidas en Cognac eran de tal condición que, aun en el caso del triunfo, conservarían los franceses en las cosas de Italia un influjo mucho mayor de lo que era compatible con una efectiva independencia de aquel país tan gravemente castigado, y todavía era más perjudicial la diversidad de los designios propios de los aliados. Los italianos esperaban, con el auxilio de Francia, sacudir el yugo de

(1) *Lettere di principi* II, 110, 113.